

bro; misión de la Universidad y recuperación de los estudios de Humanidades; impulso y estela de las empresas culturales que irrumpen en el hasta entonces muelle panorama intelectual y necesidad de articular políticas activas de ámbito y naturaleza culturales; políticas activas, en fin, complementarias y continuadoras de la formación escolar, son, todas ellas, apenas breves anotaciones, a la espera de que en la cada vez más necesaria biografía total de Ortega se incorporen como capítulos, sin duda, decisivos, no sólo para descifrar su propio itinerario intelectual, sino el de la España contemporánea, la de hoy mismo.

F. R. L.



Ortega y el proyecto editorial de Espasa Calpe Argentina

Marta Campomar

La terrible frustración de Ortega en el exilio argentino es más compleja de lo que aparenta, y está vinculada no sólo al sufrimiento físico y moral que le producía la guerra civil y europea: también influía en él su condición de exiliado en un mundo americano rico y pujante que despreciaba la vieja civilización europea como una catástrofe de todos sus valores en decadencia. Con las guerras a Ortega se le desmoronaban años de docencia europea entre los argentinos, generándole una susceptibilidad social e intelectual que está presente en sus textos de este período, entre 1939 y 1942. Pero hurgando entre los papeles inéditos y en el epistolario del exilio porteño, encontramos testimonios desgarradores sobre sus gestiones con Espasa Calpe de Argentina y de España que provocaron su situación anímica de 1941. Este material incluye cuatro borradores y cartas con don Manuel Olarra, don Serapio Huici y con otros colegas españoles en el exilio argentino.

Como punto de partida habría que tomar en cuenta la situación de las editoriales españolas en Argentina y la puja en la capital porteña por el control del libro es-

pañol ante el colapso de la guerra civil. Esta sombría realidad afectó directamente a Espasa Calpe, la editorial en la que Ortega había colaborado más de veinticinco años. Según le relata Morente a Ortega, en los comienzos de la guerra la sede en Madrid había sido ocupada violentamente por un comité de obreros comunistas que no pagaban las deudas contraídas por la casa. Como bien le recordaría Ortega a Olarra, encargado de Calpe en Buenos Aires en 1941, durante esa horrorosa etapa de 1936 a 1937 él continuó siendo leal a la editorial, sin pedirles una peseta y sin el más leve gesto de queja «a pesar de las pavorosas consecuencias que me causó hallándome en París enfermo, con toda mi familia a cargo y en la más completa miseria» (Buenos Aires, 8 agosto 1941). Solamente cuando existe la posibilidad de reinstalarse Espasa Calpe en Buenos Aires, se le presentará a Ortega la posibilidad de reanudar una de sus fuentes más seguras de financiación. En palabras de Ortega, «Es fundamental no olvidar que he venido a América creyendo que el apoyo de Calpe era una cosa para mí tan segura como los de mis hijos» (Borrador).

Ortega no era ningún ingenuo para creer que en Argentina le abrirían generosamente las puertas del mundo universitario. Por su correspondencia con Victoria Ocampo, Elena Sansinena de Elizalde, Fernando Ortiz Echagüe y con colegas españoles en el exilio argentino —María de Maeztu, García Morente, Lorenzo Luzuriaga y Sánchez Albornoz— sabemos que no esperaba vientos favorables porteños. No pretendía cortejar favores de burócratas ofendidos por su «Hombre a la defensiva», ni buscar el aplauso de claustros e intelectuales de ambos lados, quienes resentían su silencio o temían su prestigio académico. Como ya le habría advertido María de Maeztu, la competencia en Argentina era durísima. Al exiliado español se lo respetaba siempre y cuando no amenazara con ganar dinero, quitar una fuente de trabajo o competir en el terreno profesional. García Morente desde Tucumán le había insinuado que ni Romero ni Alberini de-

mostraban interés en tenerle en los claustros de la universidad, ya que todo lo que venía de España inspiraba desconfianza y miedo a luchas sociales.

Al salir de España en 1936 Ortega estaba convencido de que su exilio sería largo, quizás hasta definitivo. Le preocupaba asegurar el futuro de sus hijos y por este motivo se mantuvo hasta el 39 en Europa. Victoria y Elena Sansinena le animan a radicarse en Buenos Aires y hasta le tienen preparado un viaje con conferencias, vivienda y programas de radio para el 37. Ortega las decepcionó yéndose a Holanda. En el 39, con la guerra europea ya en marcha y la guerra civil llegando a su trágico desenlace, Ortega finalmente decide viajar hacia América, sintiendo la obligación moral de saldar su deuda con Victoria y los Amigos del Arte. En los primeros momentos de su desembarco en Francia había recurrido a ellos en busca de apoyo económico; pero Ortega les había aclarado que su pedido era un préstamo que devolvería con conferencias en Buenos Aires. Los festejos para los veinticinco años de la Institución Cultural Española a fines del 39 también requerían su presencia en esta capital. Llegó en agosto de ese año, enfermo, débil, sin ganas de hablar demasiado y sin comprometerse con ningún grupo social o trabajo determinado. En realidad venía a tantear el terreno de las editoriales, pero con un proyecto con Espasa Calpe, conversado con Olarra y con las autoridades españolas en la persona de Antonio Tovar. En un ambiente difícilísimo para todo lo español, Ortega insistió en que se dejara a Olarra, y no a un novato, al frente de la casa de Buenos Aires.

En sus borradores, Ortega expresa claramente sus aspiraciones de montarse en la capital porteña una especie de cátedra privada, con publicaciones, boletines, todo un andamiaje docente que le permitiera vivir en la «más estricta independencia frente a todo lo de aquí». Esto incluía cátedras universitarias, Amigos del Arte, Victoria Ocampo-Sur, La Cultural y la conflictiva colectividad española dividida por la guerra. Pretendía vivir al margen

de las luchas ideológicas entre editoriales y libre de la captación de grupos porteños que se disputaban, como Losada y Calpe, la editorial Revista de Occidente. Como le ocurrió a Luzuriaga, Ortega acabó siendo en su exilio una víctima más de un ambiente políticamente enrarecido que desde España y Europa hacía la vida difícil a todo intelectual de conducta neutral o hábitos independientes.

Que el tema de las editoriales era la preocupación primordial en Ortega lo demuestran los tanteos previos a su viaje a Argentina y el encargo a Luzuriaga y Morente de un análisis objetivo de lo que ocurría en Buenos Aires. Sobre todo le interesaba el porvenir de Calpe en el mundo competitivo argentino. Ya había recibido de María de Maeztu las primeras advertencias sobre irregularidades en las reediciones de la editorial Revista de Occidente. Opinaba María que eran éstas muy codiciadas porque agotados los depósitos que había en las librerías todo el mundo las pedía. También le informa a Ortega que Calpe en su flamante serie Colección Austral ya anunciaba publicaciones de sus obras. María, de forma apasionada y emotiva, le presenta una versión partidista de la situación de las editoriales, apareciendo influenciada por Victoria y las aspiraciones de Sur. Ella intentó infructuosamente atraer a Ortega hacia una nueva empresa editorial, Sudamericana, con participación de Victoria y de Rafael Vehils, hombre de negocios y diplomático valenciano que durante el exilio de Ortega presidiría La Cultural. Se suponía que esta editorial, con fondos argentinos y españoles, acapararía el mercado del libro español. María se ofrece a mediar a favor de la nueva editorial y le advierte a Ortega que su obra estaría más segura aquí que en cualquier otra parte, y que ella actuaría con máxima discreción en este delicado asunto.

Tal es el entusiasmo de María hacia Victoria, que se anima a pedirle a Ortega los derechos de autor para Sur, sugiriéndole que no se los entregara a Calpe o a Losada ni a la poderosa editorial francesa Hachette. De la lamentable politización de estas editoriales María opina

que a Calpe se le fue la mano con su derechismo y que la intransigencia de Olarra le era perjudicial a la casa. De Losada dirá que «el enemigo rojo» le enviaba «fondos espúreos» que prolongaban la guerra en España, advirtiéndole a Ortega que «las izquierdas más frenéticas» desafortunadamente se habían adueñado del libro español. Con lo cual le aconseja liberarse de ambas, sobre todo de Calpe, porque ésta corría peligro de entrar en quiebra. Al menos no podría competir con la nueva editorial Sudamericana que estaría creando Victoria con importante financiación argentina. María le asegura a Ortega que aquí estarían a salvo sus derechos y no en Calpe de Argentina, «que está medio muerta y publica poco» (Buenos Aires, 2 septiembre 1938).

La candidez de María no percibe la sutil independencia que siempre mantuvo Ortega respecto a Victoria en materia de negocios editoriales. Cuando le dice a Ortega: «estoy segura que Vd. preferiría ir con Sur» (Buenos Aires, 13 julio 1938) no evalúa adecuadamente la relación entre ambos. Más adelante ella le recriminará su aparente ingratitud hacia Victoria por no haberle enviado nunca un artículo a Sur. Fue todo un acontecimiento cuando Ortega envió su «Ictiosauros y editores clandestinos», tema urticante sobre piratería editorial en América que él habría sufrido en carne propia.

Ortega, a pesar de sus silencios molestos, seguía siendo en América pieza codiciada. Los sondeos de Luzuriaga y Morente sobre la situación de Calpe Argentina llegarán a conclusiones distintas. Morente es optimista: sacó de sus gerentes una buena impresión y cree que la iniciativa de estar en el mercado argentino era «salvadora». Le asegura a Ortega que la editorial ya está bien establecida y «que se puede contar con ellos para publicaciones inmediatas» (Tucumán, 17 agosto 1937). La opinión de Luzuriaga advertía que la división de Calpe y Losada era un hecho consumado, y que en el conflicto ninguno tenía razón. Pero, como María, percibe en las intransigencias de Olarra un posible obstáculo. Luzuriaga

lo describe como hombre de poco tacto, que recibe órdenes terminantes de Madrid y las aplica con métodos violentos. En cuanto a Losada, admite que la forma en que se independizó no fue del todo correcta, pero siente que la división era fruto de malos tratos recibidos en Calpe. No tiene la menor duda que Losada se aprovechó de los errores de Olarra para lanzar un exitoso negocio. Como de pasada menciona «la ligereza» de esta editorial de apropiarse de la Revista de Occidente. Francisco Romero, lo mejorcito del grupo, estaba implicado en esta maniobra, para Ortega totalmente delictiva.

A Ortega le molestó la liviandad con que Luzuriaga interpreta la piratería de Losada, «índice de desmoralización» en el ambiente de ahí; pero más le sacudió la noticia de que Luzuriaga se hubiese pasado de Calpe al enemigo. Con enfado le envía a su discípulo una filípica epistolar donde lo tilda de «beata roja» y le acusa de ser incoherente con su postura de liberal neutral. Luzuriaga se ofende y durante un tiempo no se escriben, estando ambos en Argentina. Pero el «ya verá Vd. como están ahí las cosas» de Luzuriaga en el 39, año y medio más tarde, se tornaría en la gran pesadilla del viejo maestro. Confiado todavía en sus proyectos con Calpe y en poder manejar a Olarra, quien por otro lado necesitaba de su influencia para abrirse camino en la sociedad porteña, continúa siendo leal a la casa. Por parte de Ortega, implicaba seguir adherido a sus usos y costumbres y a una neutralidad añeja que más que una muestra de adhesión a la derecha nacionalista era una necesidad de mantenerse dentro de lo conocido. Pronto descubriría que esta fidelidad tendría un alto precio y que las distancias que separaban América de Europa actuarían en contra de sus intereses económicos.

El año 40 había sido fructífero para Ortega. Le comenta a Victoria que se recupera su salud y que se siente satisfecho de trabajar y producir. Está pasando por la mejor etapa de lucidez de su vida, le pagan por hacer lo que le gusta y confía en que en medio del negativismo

criollo se abriría paso con un nuevo programa docente para América. Ha dado conferencias en la Universidad de Buenos Aires, en Amigos del Arte, en La Plata, invitado por Alberini, y en Radio Splendid, para todo el país, una serie de meditaciones sobre la Criolla. Cumplió con los festejos de la Cultural con su discurso en el palacio Errazuris ante el presidente de la nación y con una conferencia sobre Luis Vives en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Quedó satisfecho con el éxito de su artículo en *La Nación* sobre «El intelectual y el otro», reanudando su colaboración con el periódico, interrumpida en septiembre del 37. Le quedaba pendiente la resolución del proyecto con Calpe y al comprobar las demoras en ambos lados del Atlántico a fines del 40 comienza a inquietarse.

El gran proyecto cultural con Calpe de Argentina consistía en la creación de una Biblioteca de máxima actualidad para el apetito exigente del mercado latinoamericano. Para rellenar el vacío existente de alto pensamiento universal, Ortega contaba con que su Biblioteca «Para el Conocimiento del Hombre» sería un éxito editorial que llevaría a España a ocupar nuevamente el lugar que le correspondía en la elaboración de una cultura europea occidental. A Ortega le obsesionaba, después de años de labor docente en Argentina, que España retomara el liderazgo cultural que debería tener entre los pueblos de América. Esta había sido su prédica desde 1916 y pretendía retomarla en 1939 en medio de un panorama indisciplinado. Desde Europa Ortega había venido dispuesto a dar batalla en la vida insubordinada de Argentina, sabiendo que no tenía sentido influir desde una cátedra universitaria politizada cuando poco o nada tenía que decir de la desastrosa actualidad despojada de objetividad y humanismo.

El proyecto con Calpe de Argentina le brindaba una nueva oportunidad de volver a influir en la vida intelectual hispanoamericana publicando libros de alta cultura, seleccionando lecturas, ofreciendo bibliografías orienta-

doras que retomaran un rumbo civilizador de hondura y cordura en medio de tanta barbarie y sectarismo político. Proponía a su vez una actuación neutral que rectificaría la deformación óptica que existía en el hemisferio sur respecto a España, debido a que en América no existían publicaciones españolas de otro signo que no fuesen de las izquierdas. Con lo cual nada mejor que el nuevo mundo para comenzar a desarrollar una convicción profunda en Ortega: la certidumbre de que en el pensamiento humano había reservas espirituales que no pasaban por las fórmulas violentas, o por la destrucción total. Siempre hondamente vitalista, él prefería rescatar lo constructivo, lo que generara serena reflexión sobre el hombre, la gente y las más nobles circunstancias humanas. Esta línea de pensamiento idealista es la que aparece en sus borradores y anotaciones personales, pero detrás de todo ello prevalecía sin duda el pragmatismo de la solvencia económica en el exilio americano.

Mientras se pudo mantener de ingresos provenientes de cursos y conferencias en Buenos Aires, Ortega en sus borradores alega ante Calpe que «no quise cobrar nada mientras podía y tenía otros medios de actuación y sostén». De las cartas con Olarra y Serapio Huici se deduce sin embargo que a fines del 40 se le hacía imprescindible cobrar un sueldo de 800 pesos que no habría cobrado en el pasado, a modo de retribución como asesor de la casa. Pero la solución más completa incluía un presupuesto más ambicioso, de 1.300 a 1.400 pesos, que Ortega consideraba «ultramodesto» para que con esta suma se pudiera dedicar holgadamente a escribir y organizar su docencia cultural porteña.

Dentro del gran proyecto que Ortega tenía *in mente*, se requería una acelerada publicación de obras que él seleccionaba para la Biblioteca. Lo acompañaba un Boletín trimestral, guía para lectores de la Biblioteca, que ofrecía bibliografías críticas orientadoras y secretos de taller de alta creación intelectual, todo organizado y redactado por él mismo, en contacto íntimo con el lector. En este

mismo Boletín se anunciaban cursos complementarios cobrando matrícula pública a los oyentes. Esto le permitía no sólo prescindir de cátedras universitarias, también dejar de lado el conflictivo terreno de los periódicos argentinos. En palabras del propio Ortega, lo que le proponía a Calpe de Argentina era retomar «un movimiento de circulación intelectual con medios y fuerzas españolas». Ortega asegura que todo esto «se comunicó a la casa de Madrid y yo estaba por lo que Olarra me decía en la idea de que no sólo se aprobaba sino que se veía esta nueva intervención mía intensa y precisa con verdadera satisfacción.»

Cuando en marzo del 42 se entera de que Calpe le denegaba la asesoría y que Olarra lo sabía desde enero, imprevistamente Ortega decide retirar su Biblioteca para crear su propia editorial. Necesitaba un aval del Banco de la Nación Argentina y dinero suficiente para formar una sociedad anónima que le costaría 100.000 pesos. En un momento de optimismo parecía que el préstamo saldría. Pero en julio se le interpuso Olarra diciendo que Calpe declararía ante el banco que los derechos de la Biblioteca habrían sido adquiridos por Calpe de Argentina y que ellos ya estarían publicando libros complementarios sugeridos por Ortega dentro de la colección. Esto automáticamente impedía el préstamo, lo que hizo que Ortega reaccionara con indignación.

Comienza una larga lucha por los derechos de la Biblioteca «Conocimiento del Hombre», cuyos libros efectivamente Olarra había enviado a imprenta «sin que yo los viese». Esta conducta le dejó estupefacto. Ortega, quien durante más de un año había trabajado con Olarra sobre el formato, tipo de papel y otros detalles de la edición, había vivido «en la buena fe de que Calpe quería contar conmigo», pero a partir de la carta del 26 de julio en que se le comunicaba que la colección saldría con el pie de página de Calpe Argentina, las relaciones con la casa cambian radicalmente. Olarra enmudece y no le sugiere a Ortega ninguna otra solución, apropiándose a su

entender de su negocio editorial y despachándole «sin más palabras que a una cocinera».

Ortega presentía que la resistencia venía de lejos, y en el borrador a la carta de Huici les asegura a los de la casa de España que su labor personalísima de muchos años recogida en esta Biblioteca (con todos sus aditamentos, cursos, boletín etc.) constituía «hoy la única acción española posiblemente eficaz en estas repúblicas, aparte lo que en ella va de mis intereses propios morales y materiales». Con los años sentía Ortega que merma su productividad y que «no quería vivir del ingreso fluctuante y a la larga problemático de mis libros». La solución legítima de crear su propia editorial cuando era claro que Calpe no estaba dispuesto ni a darle una asesoría ni a financiar su proyecto docente, no la consideraba una acción desleal a la editorial sino una forma de llevarse consigo algo que le pertenecía y necesitaba para su solvencia económica. Por otro lado, «la inhumanidad del comportamiento» de Olarra al no querer negociar el traspaso sólo conseguía agravar la situación. Al no poder entenderse con él, Ortega le amenaza con enviarle sus abogados. La larga carta a su amigo don Serapio Huici y a las autoridades de España donde expone con claridad su frustración, es un documento que sintetiza la decepción e ingratitud que siente Ortega después de años colaborando jornada a jornada con la editorial desde que se fundó. La carta la llevaría en mano su hijo Miguel, quien a comienzos de agosto viajaba de vuelta a España y se habría visto involucrado en gestiones telefónicas con Olarra.

El tema de la asesoría era lo que más le dolía a Ortega. Resumía la actitud la dirección española hacia su persona. Le confiesa a Huici que «consideraba yo esta asesoría como la cosa más segura con que podía últimamente contar y nada hasta la fecha de la denegación imprecisa de enero me había sido dado a conocer que consistiese poner en duda la perfecta continuidad del ánimo en que este Consejo estaba respecto a mí. Mis proposi-

ciones y proyectos, comunicados ahí, parecían aceptados y deseados». Ortega les recrimina que «por primera vez en veinticinco años pedía yo algo a Calpe en concepto de colaborador de la casa»; al habersele denegado una asesoría normal mantenerse en Calpe le parecía superfluo y hasta injurioso.

Ante las demoras Ortega le pide a Huici urgente consideración de su caso en la junta de Calpe que se reunía en San Sebastián durante el verano europeo. Desea que le telegrafíen a Buenos Aires para saber cómo moverse con Olarra, quien no le quería entregar el título de su colección y además le reclamaba que se hiciera cargo de los gastos de los libros adherentes ya en imprenta. Mezclando pagos pendientes, Olarra pretendía descontar lo que había cobrado en tres años como autor y propietario de libros suyos y de la Revista de Occidente, estrangulándolo económicamente. La carta a Huici refleja sin duda la «extrema intranquilidad» económica de Ortega y el profundo choque moral que le paralizaba su labor intelectual.

Antes de que le llegara respuesta de España, a comienzos de agosto, Olarra súbitamente devuelve los derechos de la Biblioteca, y los libros que la integran. Dos cartas de Olarra del 1 y 8 de agosto ponen fin a esta crisis para Ortega «ininteligible» y agotadora. Le confiesa a Luzuriaga que en «una dificultad que no logra usted comprender cómo y por qué se ha producido, se siente uno aniquilado» (Buenos Aires, 20 septiembre 1941). Luzuriaga, quien en agosto del 41 se percata del «indecente comportamiento de Olarra» y de sus efectos devastadores en el ánimo de Ortega, se pone del lado del maestro sin ninguna recriminación personal. Le asegura que si tuviera dinero él apostaría por el éxito de su nueva editorial. Es a Luzuriaga a quien confidencialmente Ortega le comenta que «por un detalle de rigor» bancario le denegaron el préstamo.

A raíz de esta lucha desazonadora las relaciones con Olarra nunca volvieron a ser de armoniosa confianza.

Esto era grave porque Ortega tenía que depender de él para la edición de sus obras en Calpe de Argentina. Pero en 1941 lo que más le preocupaba era la reputación de ambos ante la sociedad porteña. Ortega a toda costa quería evitar rencillas y apasionamiento con la editorial. Su persona estaba tan ligada a la casa que las disidencias entre ellos beneficiaban a los enemigos de Calpe, quienes justificarían su deserción con el maltrato que la casa les habría propinado a todos ellos. A lo que contesta Olarra: «Mis enemigos, de continuar siéndolo, es cierto que serían los primeros en sacar partido, pero han tenido tiempo, ellos y quienes les escucharon, para contrastar conductas... Claro que aquí no deja de haber resentidos a los que ninguno estamos libres; ni Ud. ni nosotros» (Buenos Aires, 11 agosto 1941).

Las cartas aclaratorias entre Olarra y Ortega del 8 y 11 de agosto parecían haber puesto fin al asunto. Los libros que pertenecían al proyecto ya impresos quedaban a disposición de la editorial sin costo para Ortega. Sin embargo la lucha por los derechos de sus obras se agudiza. Siendo Ortega sensible a la piratería reinante, pondrá especial énfasis en temas como las garantías, contratos automáticos, reediciones etc. Denegada la asesoría y fracasado el proyecto docente, era consciente de que la única fuente de financiamiento que le quedaba venía de sus libros. Se inician a fines del 41 nuevos conflictos con Calpe de Argentina sobre los derechos jurídicos de sus obras y sobre las expectativas económicas de nuevas ediciones.

En medio de nuevas discrepancias, Ortega recibe de manos de Olarra la contestación de Huici y del consejo de Calpe en España. Allí se le decía que no era la intención de la casa ejercer el oficio de piratería, y que tampoco había entrado en los cálculos de la casa de Argentina la edición acelerada de libros para mantener el ritmo deseado por Ortega para su proyecto bonaerense. «Todo nuestro atropello», dice Huici, «se reduce a no haber aceptado una proposición de Vd. por entender que

no conviene al interés social que tenemos obligación de defender» (Bilbao, 30 agosto 1941). Considera que sólo ha sido un momento de ofuscación por parte de Ortega y minimiza por completo el incidente.

Era obvio que en la España nacionalista de aquellos años, donde el más mínimo atisbo de liberalismo secularizador era extinguido y reprobado, los intereses de Calpe no apoyarían una gestión cultural que le permitiera retomar a Ortega el liderazgo intelectual en América Latina. A distancia podemos comprobar que el hispanismo neocatólico de la Defensa de la Hispanidad de Ramiro de Maeztu que retomó el Instituto de Cultura Hispánica de Buenos Aires sería más idóneo que el colonialismo secularista de Ortega en sus meditaciones criollas del 39. Sin embargo Ortega se sentía confiado respecto a los efectos de su pensamiento. En un borrador menciona el hecho de que en la casa «no haya habido después del movimiento que retirar acaso ni un solo libro de los que yo he recomendado durante diecinueve años!!!».

Consciente de que los vientos políticos e ideológicos eran complejos y no siempre soplaban a su favor, accede a censuras propuestas por Calpe. Llega a sugerir el reescribir y suprimir textos que podrían comprometer a la casa y originarle problemas. Ante las exaltaciones de ambos lados de la contienda nacional e internacional que interpretaban sus palabras fuera del contexto histórico al que pertenecían, Ortega desea agregar notas aclaratorias y hasta asume gastos de reimpresión.

En septiembre del 41 Ortega se entera de que Calpe quiere dar a la nueva edición de sus obras el título de *Obras completas*, «cosa a la cual me niego rotundamente». Sin embargo, revisando contratos previos descubre que están mencionadas. Pide a la casa que en lo posible no introduzcan cambios y reitera que con el simple título de *Obras* ambos habían hecho un gran negocio. En sus forcejeos con la editorial de Buenos Aires sobre el uso jurídico de nuevas ediciones de sus obras para la colección Austral predomina la alerta de Ortega respecto a auto-

rizaciones, reediciones futuras de sus libros, anticipos, íntegros, y todo aquello que pudiera causar serios daños a sus derechos de autor. Ortega le recuerda a Olarra que «yo no soy hombre de negocios, según es bien notorio, pero esto no quiere decir que esté obligado a hacer tonterías. Mi deseo es no perturbar la marcha de la Colección Austral pero no quiere decir que mi deseo sea perturbarme a mí mismo, hacerme daño evidente a mí propio y comportarme de modo estúpido con mi persona» (Buenos Aires, 28 septiembre 1941). Ortega teme que en el río revuelto de la guerra y en las desventajas del exilio se introduzcan novedades o modificaciones jurídicas peligrosas o contrarias al uso y costumbre entre ellos. Por lo tanto reclama transparencia en acuerdos anteriores y nuevos, y exige documentos que le faltan.

Un factor que frustraba a Ortega eran las distancias entre Argentina y España, que entorpecían los ritmos, demoraban los pagos y generaban una deficiente sincronización entre el autor y la editorial. Llegando a su exilio en Lisboa en marzo del 42 se genera otra confusión por falta de información entre la casa de Madrid y la de Buenos Aires. Esta vez, se trataba de una garantía que sus hijos habían llevado consigo a la casa de España y que no eran tenidas en cuenta por Espasa de Argentina. Para acelerar los trámites, dado que el tema económico le urgía, envía radiomensajes a Buenos Aires. Esta vez el problema giraba en torno a un libro, *Teoría de Andalucía*, que Ortega se había reservado para publicar en Calpe de Madrid para enfrentar emergencias en Portugal. En Buenos Aires Ortega habría firmado documentos entregando una cantidad de obras en garantía por un anticipo de 10.000 pesos recibidos de la casa de allí para costearse el viaje de retorno a Europa. Al no informar Olarra a España de que ya se habrían cubierto de garantías, seguía en pie durante seis meses una doble garantía que no le permitía cobrar de Calpe Argentina las ganancias de la Revista de Occidente y otras publicaciones suyas. Estas «anomalías» ponían nervioso a Ortega, quien ya se en-

contraba en Europa teniendo que depender financieramente de sus ediciones en América y en dos hemisferios sin comunicación fluida. A Olarra le aclara que «Esta radical dependencia de mi vida más elemental de la situación de mis libros en la Argentina es la que da gravedad a complicaciones como éstas de las que yo no tengo culpa ni responsabilidad ninguna y hace más sensible la falta de cuidado en el modo de tratarlas» (Lisboa, 29 julio 1942).

Quedaba como intermediario en Buenos Aires para sus asuntos editoriales Máximo Etchecopar, abogado conocido y amigo personal de Ortega. El mal humor y las dificultades que Ortega experimentó con Calpe de Argentina se manifiestan en una larga carta personal a Máximo del 5 de octubre del 43. En esta carta rompía su silencio epistolar con los amigos porteños. Le confiesa a Máximo que, a distancia y con tiempo de por medio, todavía su ánimo continuaba en estado perturbado. Le relata la situación económica apremiante con que había llegado a Portugal teniendo sus hijos que hacer «a mata caballo» la edición del libro que se había reservado por si la vida en Portugal se hacía difícil. Ortega confidencialmente le confiesa a Máximo que su última gran humillación fue el haberle tenido que pedir a Calpe de Argentina el anticipo de 10.000 pesos para retornar a Europa. Esta garantía documentada con la firma de Máximo Etchecopar y Olarra, seguía entorpeciendo sus liquidaciones normales con la casa y le obstruía el único ingreso para sus hijos, que era la Revista de Occidente.

Ortega aprovechaba esta carta para quejarse de que Olarra no le enviaba las liquidaciones semestrales y que las que él tenía en Lisboa no concordaban con las de Buenos Aires. Lo que más le perturbaba era el lado jurídico, de buena o mala fe que se manifestaba en las intenciones humanas de la casa de Argentina hacia su persona. En el fondo Ortega desconfía de las gestiones de Olarra. A Máximo, quien se llevaba bien con él y a quien le parecía impecable el comportamiento de la editorial

de allí, Ortega le advierte que en la maraña de garantías, créditos y cobros de deudas anteriores, que él tenía al dedillo, había irregularidades, o falta de claridad. Le encarga a Máximo un cuidadoso estudio sobre todo lo acontecido en los dos años de ausencia suya, del 42 al 43. Esto suponía hacer fichas de cada obra, de la Revista y de todo lo que había publicado Calpe de Argentina, incluyendo los porcentajes acordados en contratos y documentos correspondientes, tomando en cuenta reediciones y el estado de pago en relación a cartas cuasi contractuales.

En esta carta donde se le dan instrucciones precisas a Máximo, Ortega no deja escapar detalles sobre cobros, ediciones, reintegros, deudas, tipos de cambio del peso al escudo, liquidaciones minuciosas y el ritmo en que aparecían sus obras allí. Se pregunta por qué no se venden en América como en Europa, y si se conocen en Buenos Aires sus más recientes publicaciones, el prólogo al libro sobre la caza del conde de Yebes, *Esquema de la crisis, Historia como sistema, Alonso Contreras, Teoría de Andalucía* y dos prólogos.

Oportunidades no faltan para derramar su frustración personal con la experiencia argentina en contraste con su optimismo al iniciar una editorial, Azor, financiada por la colectividad española lusitana. Ortega se expone contra los ricachones de la colectividad española de Argentina que no financiaron sus proyectos. «Esto le hace ver a Vd. que no ha disminuido lo más mínimo al cabo de dos años -antes bien se ha intensificado- mi irritación contra todo lo que ahí me pasó.» Injustamente reconoce que la lamentable historia con Calpe Argentina incidió en sus relaciones personales con amigos íntimos, como los Elizalde, a quienes recuerda con cariño y agradecimiento. No quiere incluir ni enredar en su penosa decepción con Calpe a ciertas amistades, pero admite que ha querido romper con todo aquello drásticamente. Reconoce, a su vez, que lo que no le permite poner distancia y olvido es su dependencia de Espasa de Argentina.

Se siente prisionero de ella, con lo cual debe seguir atado a la sociedad porteña mientras este vínculo exista. Aun así, Ortega agradece a Máximo el buen trato que mantiene con Olarra, que es lo único que le permite recibir liquidaciones claras y cuidar de sus intereses con mayor eficacia.

Máximo Etchecopar da a entender en su libro sobre Ortega en la Argentina que entre sus amigos pudientes no encontró Ortega un respaldo entusiasta para sus ambiciones editoriales. Como último intento, él le presentó a la poderosa editorial Kraft, pero esto tampoco prosperó. Las gestiones para concretar en agosto del 41 una visita a Lima para dar cursos y conferencias también tuvo que ser rechazada por la crisis con Calpe y las frustradas gestiones con el Banco de la Nación Argentina. Estando todavía en Buenos Aires, Ortega le menciona a Luzuriaga que repentinamente toda su vida se le ha «desarreglado». En Buenos Aires no había encontrado «ni por azar, eso que se llama facilidad en nada» (Buenos Aires, 20 septiembre 1941). Es con este sentido de honda desmoralización que en febrero del 42 se alejó de Argentina como quien quiere enterrar para siempre una gran pesadilla, dejando primero a Máximo Etchecopar de representante en sus asuntos con Calpe, y en los años de la dictadura de Perón a Jaime Perriau, otro abogado y amigo que conoció en su tercer viaje. Este último se ocuparía con escrupulosa eficacia de los cobros y garantías de sus nuevas ediciones en tiempos difíciles, cuando la casa de Buenos Aires proponía hacerlas desde México.

Ante Máximo Etchecopar, Ortega se lamenta de que los argentinos dejaran escapar una gran oportunidad de iniciar con él otra gran exploración cultural, «actuación que a estas horas tendría notoria importancia histórica». Pero la gran responsabilidad de que Ortega no lograra un exilio holgado y próspero en América del Sur recae en su propia editorial y en sus intereses nacionalistas. Con los años Ortega descubriría a fuerza de golpes que

sus pensamientos no tenían un lugar adecuado en la España franquista. Pero, irónicamente, gracias a la edición Austral de Argentina, con todas sus trágicas consecuencias, su pensamiento se mantuvo críticamente vigente en toda Hispanoamérica, reciclándose el debate de sus ideas hasta nuestros días, de Norte a Sur y desde América hacia Europa.

M. C.

La misión y el gobierno de la universidad abierta

Miguel A. Quintanilla

Una institución en que se *finje* dar y exigir lo que no se puede exigir ni dar, es una institución falsa y desmoralizada. Sin embargo, este principio de la ficción inspira todos los planes y la estructura de la universidad actual.

Por eso creo que es ineludible volver del revés toda la universidad o, lo que es lo mismo, reformarla radicalmente, partiendo del principio opuesto. En vez de enseñar lo que, según un utópico deseo, *debería* enseñarse, hay que enseñar *sólo* lo que se *puede* enseñar, es decir, lo que se *puede* aprender.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Misión de la Universidad*, 1933.

El propósito de este artículo es doble. Por una parte quiero reivindicar el interés actual de las ideas de Ortega sobre la misión de la universidad y su valor como fuente de inspiración para seguir reformando y mejorando la enseñanza superior en el contexto de la «universidad de masas» o, como prefiero decir, de la «uni-